

PREVIO A LA CRÍTICA ESTÉTICA

Dardo Bardier
dbardier@adinet.com.uy

Cualquier crítica a la estética debe relacionarla con su situación.

Para hablar de estética, debemos hablar previamente de nuestra relación con el mundo en el que estamos incluidos. Tenemos que dar, al menos, una noción tentativa, grosso modo, de cómo *lo* concebimos incluyéndonos, de cómo *nos* concebimos incluidos en él, y de cómo concebimos nuestras *relaciones* inclusivas con él. Quizá esto ayude luego a definir, de modo más realista, qué es la estética.

LA ESTÉTICA EN EL MUNDO ACTUAL

Comencemos por un esbozo de concepción del *mundo-para-nosotros*:

En cada hecho, en su interaccionar con cada otro hecho a su alcance, unas cualidades cambian más que otras. En cada lugar y momento, unos aspectos *varían mucho*, otros aspectos *varían poco*, y otros aspectos (a los efectos sobre algo, quizá sobre nosotros), *¡nada!* Esto es sorprendente: Algunos rasgos de la realidad se mantienen funcionalmente constantes, integran lo concreto-integral, pero varían tan poco que sus cambios no cambian alguna cosa (quizá nosotros), ni poco ni mucho, en cierto lapso, quizá en toda nuestra vida. Esto ya lo estudiamos en el artículo *La quietud de lo móvil*, en ARIEL N° 5.

Es decir, hay aspectos de la realidad relativamente *variables*, y hay aspectos de la realidad relativamente *constantes*.

Hay aspectos que nos son constantes.

Nuestro mundo es continuo en muchos aspectos: La *existencia* tiene una base mínima indiferenciada que siempre está allí. En todos lados hay *energía en combinación con su vacío*, que no es otra cosa que energía en menor escala. Los *vacíos interiores* y los *vacíos exteriores a las cosas se continúan sin límites*. Los *movimientos* siempre son de *algo*. Los *algo* siempre se *mueven*. Los movimientos siempre son *combinaciones de espacio y de tiempo*. A veces se dice que nuestro mundo real siempre es de lo mismo, es *material*, pero nunca exactamente lo mismo. ¿En qué quedamos? Quedamos en que: en unos aspectos y escalas es lo mismo, y en otros aspectos y escalas cambia.

Siempre hay cierta unidad entre cosas muy diversas. Mi mesa y el aire que le rodea

comunican ilimitadamente sus enormes vacíos, tienen iguales electrones, están a la misma temperatura, a la misma presión, sometidos a los mismos rayos gamma, suceden al mismo tiempo en lugares adyacentes.

Todo sigue, todo sigue.

Y además, todo está cambiando sin parar en todos sus niveles micro, meso y macro. Con tal que algo se mueva, todo lo demás a su alcance tiene diversos movimientos relativos respecto a ese algo. Todo se está moviendo respecto a todo. Aunque algunos movimientos son tan cortos, breves o lentos, que funcionan, para algo enorme, tal cual la quietud. Lo que, respecto a algo, en una escala está inmóvil, en otra escala se mueve. Esto ya lo estudiamos en *La movilidad de lo quieto*, en ARIEL N° 4.

Todo cambia, todo cambia.

Cada unidad siempre está pasando a ser otra u otras, de lugar a lugar, de momento a momento.

Y he aquí lo interesante: Cada cambio implica un límite, una separación (y una unión) ente un antes y un después, entre un aquí y un allá, entre una consistencia y otra consistencia. Cada casi-homogeneidad está cambiando a otra u otras casi-homogeneidades. Cada estructura está pasando a ser otra u otras estructuras. Cada componente está cambiando sus relaciones externas e internas. Y con ello se está cambiando a sí mismo, en cierto grado, según lo que de él y sus relaciones cambia efectivamente y lo que de él, y de sus relaciones, no cambia efectivamente. Nunca instantáneamente.

DEBEMOS CONCEBIR LA ESTÉTICA DENTRO DE UNA CONCEPCIÓN MÁS REALISTA DEL MUNDO Y DE LA PERSONA

Todo es continuo y todo es cuántico a la vez. Lo que hay que averiguar es cómo.

Por nuestra parte, los humanos somos seres finitos, más o menos limitados en todo sentido. Y no tenemos capacidades cognitivas infinitas: ni de estar en todos los lugares y momentos en que sucede algo, desde nuestro *punto de acción*, ni de percibir personalmente todo lo que allí suceda, desde nuestro *punto de vista*. Ni siquiera con todos los recursos de detección social, cultural y científica podríamos ser tan perfectamente ubicuos. Ni es infinita nuestra capacidad de apreciación, de concepción y valoración para cada centro de atención. Somos unidades inclusivas finitas, con capacidades finitas, como cualquier otra unidad real. Encima nuestras capacidades instantáneas son maravillosas, si atendemos todo lo que logran, pero extremadamente limitadas, si atendemos todo lo que no logran. Nuestro organismo lo supera mediante nuestra capacidad de atender sintonizando sucesivamente la realidad. Es en esto que más nos distinguimos de los demás animales. Tenemos un fantástico “o”. Podemos atender esto o eso, o luego eso otro.

¿Cómo logramos atender la fantástica complejidad de la realidad que sucede a la vez en todas sus cualidades, en todas sus cuantías y en todas sus unidades? Simple: simplificamos, cosificamos, relacionamos, muestreamos, representamos. Convertimos la rica y compleja realidad en sencillas unidades temáticas: en “cosas” hiper definidas, y en sus relaciones, también cosificadas. Pues, a la realidad, que es “y” en esto y en aquello, todo a la vez, la atendemos con nuestras capacidades para esto o aquello, uno por vez. Los humanos no atendemos la realidad tal-cual-es por la simple razón de que no disponemos de un sentido del tal-cual-es. Atendemos sólo unos pocos tipos de mensajeros (radiaciones, presiones, etc.) y con ellos intentamos representar la integralidad de realidad que les dio origen. Y lo hacemos siempre del mismo modo:

*Sólo atendemos unas pocas variables de la realidad.

*De ellas, sólo atendemos sus variaciones dentro de un rango muy limitado.

*Dentro de ese limitado rango de esas pocas variables, escalonamos situaciones, entresacamos algunos valores de algunas variables, de modo de que sean buenos representantes de sus vecinos.

*Y luego de todas esas selecciones evolutivas, sociales y aprendidas, recién entonces seleccionamos con voluntad personal-social a qué prestar más atención.

La especie selecciona, la sociedad selecciona, la memoria y nuestra capacitación selecciona, y además seleccionamos en el acto.

Imaginemos que visitamos a una persona internada en un CTI. En un monitor se ve cómo marchan unas pocas variables sintomáticas.

Es claro que el paciente es una realidad que vive concretamente, integrando una vastedad muy grande de variables. No por estar en un CTI la persona deja de ser algo integral, concreto, complejo.

Pero allí sólo se controlan unas pocas cualidades. Y cada una va variando por separado. Pero cualquiera sabe que si falla una, pronto fallan las otras. Si se para el corazón, pronto parará la respiración. Son un tanto independientes, lo suficiente para medirlas por separado. Y son interdependientes con otras cualidades del paciente, lo suficiente para tener a unas como indicadores de las otras.

¿Cómo fue posible que alguien llegase a creer que unas pocas variables medibles representan a muchísimas variables, medibles o no, y todas estas a lo concreto, a lo integral?

Primero: Las variables controladas son pocas, por la razón del cañonero: no hay cartuchos para más. *Peor es nada*.

Segundo: Aunque no siempre, son los indicadores más idóneos de lo que le sucede al paciente como un todo, a su salud personal. Son *aceptablemente* representativas.

Es decir, de una realidad concreta, integral, en todas sus cualidades, se eligen unas pocas cualidades medibles (en tal caso se suelen llamar *variables*). Naturalmente, se eligen las que, en la experiencia pasada (de la persona, de

la sociedad y de la especie), han demostrado ser más útiles, más fáciles y seguras de medir o de valorar.

Son útiles sólo si: Varían muy paralelamente a la situación general, concreta. Si son buen síntoma. Si son buenos indicadores. Si representan bien lo más grave de la situación. Si, en la mayor parte de los casos, dan señales *tempranas* de un cambio más sustancial. Si permiten operar más pronto sobre lo más crítico.

Pero salta la duda: Si fuésemos capaces de monitorear miles de variables, ¿Qué ganaríamos? Quizá lográsemos un ajuste más realista a la situación compleja. Pero ello no necesariamente nos beneficiaría, porque no podríamos atenderlas ni perceptiva ni mentalmente a todas. Tenemos limitaciones sensibles y cerebrales serias en cuanto a poder atender muchos parámetros a la vez.

Un realismo exageradamente complejista puede ser tan inconveniente como una exagerada cosificación simplista. No debemos atender menos que los indicadores claves, pero tampoco debemos atender tantos que nos confundan o nos paralicen.

Si me tiran una piedra a la cabeza, es claro que es un hecho real, concreto, integral, en todo aspecto. Pero no necesito, ni puedo, ponerme a perder tiempo y esfuerzo en analizar el color, el peso, la forma, la consistencia y todas las muchísimas cualidades reales de la piedra. Si quiero que no me lesione, la cosa es mucho más sencilla: hay que atender su trayectoria y velocidad para esquivarla. Y a otra cosa.

Es decir, hay variables que se usan para sospechar otras variables, para sospechar su sinergia, y para sospechar el concreto efecto relativo de algo concreto.

LA ESTÉTICA COMO PARTE DEL CONOCIMIENTO DE LA REALIDAD

Ahora bien, en cada hecho hay cualidades que se expresan, que se liberan hacia el exterior del hecho, en cada una de sus interacciones con cada otro hecho exterior. De una silla quizá nos afecten, percibamos y nos

interesen algunas de sus relaciones exteriores, de sus **expresiones exteriorizadas**: sus emisiones, sus reflejos, sus vibraciones, su olor, sus dimensiones, su textura, su dureza, su capacidad de inercia, etc.

Y hay otras cualidades que se expresan sobretodo hacia el interior del hecho. Pero sólo si estamos en su interior podremos ser afectados por ellas y percibirlas. Dentro de una silla no podemos estar, pero dentro de una ciudad sí. De nuestra ciudad quizá nos afecten, percibamos y nos interesen sus relaciones interiores, sus **expresiones interiorizadas**: su complejidad social, sus servicios, sus normativas, sus intrincados pasadizos y calles, etc.

Todas las variables se expresan siempre, menos o más, pero en unos casos nos interesan las interiorizadas, y en otros casos nos interesan las exteriorizadas.

Y, como hemos visto, entre todos los aspectos del hecho concreto, suele haber sólo unos pocos aspectos representantes que varían muy paralelamente a cómo varían sus otros efectos concretos en nosotros. Lo que nos puede lastimar la piedra está en directa relación con su velocidad, trayectoria, dureza y masa. Otras variables, que en otra situación podrían interesar, en ese caso no interesan.

La trayectoria y la velocidad se ven, con cierta anticipación.

Pero la masa y la dureza no se ven directamente. Se sienten cuando ya no hay tiempo de esquivar.

Ello nos obliga a buscar desesperadamente indicios visibles de las cualidades invisibles que nos interesan, que nos afectan. Es decir, las cualidades efectivas, cuya variación es más paralela a lo que nos más afecta, no siempre son las más directa, fácil y rápidamente perceptibles.

Felizmente, como todas las cualidades suelen tener cierta dependencia unas de otras, al menos por estar unidas por una misma unidad concreta, resulta que también en lo visible puede haber pistas indirectas de lo no visible.

¿Qué tan indirectas?

Miramos y escuchamos a una persona, o a un grupo de personas y cosas, a una escultura,

a un edificio, un paisaje urbano o rural, un cuadro, una pantalla de cine o video, y en todos los casos estamos atendiendo sólo algunas pocas de sus expresiones lumínicas y acústicas, y sólo las atendemos por sus aspectos más fáciles de percibir, aquellos para los cuales estamos mejor dotados. Y mediante esa tan “pobre” información, tratamos de descubrir indicios de su *esencia-para-con-nosotros*.

Miramos una bailarina de ballet, y por su gracia externa tratamos de imaginar su gracia interior, su ser completo. Miro una mujer, y por su belleza física imagino qué maravillosa persona ha de ser. ¡Queremos ser magos! Por unos aspectos queremos saber de todos los demás, y aún de toda su integración! Y a veces lo logramos, al menos lo suficiente para vivir y reproducirnos. Por ello, porque es la única vía a lo esencial, y porque si nos esforzamos, muchas veces nos permite comportarnos adaptativamente, todos los seres vivos tenemos fe ciega en nuestros sentidos. Hacemos según lo que sus sentidos nos dan.

Pero los humanos, desde hace tiempo, desconfiamos constructivamente de tal fe ciega.

Tenemos todo nuestro cuerpo y nuestro cerebro imbricadamente construido por la evolución, la sociedad y nuestro aprendizaje personal. Bien preparado para rápidamente remontar cadenas causales perceptibles hasta su origen en aspectos imperceptibles de los hechos. Tanto por sus indicios directamente apreciables, como por las deducciones que indirectamente hacemos de ellos. Tarea titánica.

Es decir, dado que podemos apreciar, valorar y calificar solamente lo que percibimos, o lo que recordamos haber percibido, nos aferramos al clavo ardiente de la apariencia para tratar de concebir las esencias que nos permitan gozar de la vida. Y en la mayor parte de los casos, hacemos bien.

Y ésta es la causa de los criterios estéticos que tenemos grabados a fuego en nuestros genes, en nuestra sociedad y en nuestras memorias personales. La estética superficial nos afecta por lo que es y por lo que, de la estética interior, profunda, puede decirnos.

Cualquiera se da cuenta que es una apuesta arriesgada.

Pero la especie no tiene otro remedio que apoyarse en la relación, experimentada por millones de años, entre la apariencia y sus consecuencias vitales, para tener pistas de la esencia-para-nosotros. Hasta hace pocos siglos no tuvimos otra alternativa. La especie, la sociedad y el aprendizaje personal nos dan gruesas plantillas formales que, superpuestas a la realidad, si coinciden, todo bien, nos ponen contentos, nos agradan, lo sentimos bello, gozamos y tenemos placer. Y si no coinciden, todo mal, nos desagradan, es feo, lo sufrimos y nos disgustamos. La estética tiene raíces en la evolución, en la sociedad y en nuestra trayectoria personal.

Cuando, con los años y los tropezones, cada uno de nosotros tiene más experiencia, tiene más recuerdos y más aprendizajes, entramos a ver con ojos más precavidos la belleza aparente. La gustamos siempre (como decía mi abuelo a los 99 años, *el ojito nunca se pierde*), pero tratamos de verificar su sentido profundo tanto como podamos. Ya no se nos conquista con sólo una sonrisa, a veces sí. En realidad solamente estamos siendo más complejos y experimentados en la evaluación de la información. Remontamos la cadena causal cognitiva de modo más sabio.

Siempre se trata de: Mediante la apariencia acceder a la esencia. El asunto es cómo hacerlo bien, y cuándo reconocer que no es posible.

Con la comunicación de las experiencias personales entramos en la experiencia social. Y así, con la ayuda de otros, consultando, averiguando, dialogando, logramos ser aún más sabios al profundizar la forma como modo de conocer el contenido. Con la cultura nos pertrechamos de muchísimas alertas tempranas y prevenciones realistas sobre el significado de lo que vemos, oímos y tocamos. Aprendemos a tener mejores criterios de verdad. Aprendemos a arbitrar los conocimientos. Aprendemos a buscar variables más significativas. Siempre estamos reconstruyendo nuestros *a priori*. Con la crítica filosófica y con la ciencia logramos fantásticos avances en la mejor detección indirecta de más variables, más realistas, representaciones más ajustadas a la realidad concreta. La mejora social del realismo de los

conocimientos es la base del explosivo desarrollo actual de la humanidad.

Sería todo un desatino creer que la apariencia es como un mundo aparte de la esencia relativa de las cosas. La apariencia no está en otro mundo, tiene firmes vínculos causales con la esencia de lo que atendemos y de nosotros mismos.

Todo está pues, en saber *saber*.

CONDICIONES PARA QUE LA APRECIACIÓN ESTÉTICA EXISTA

La primera condición para que la apreciación profunda suceda es que existan sus 3 constituyentes: que haya algo a apreciar, que haya quién aprecie y que haya alguna relación real entre objeto y sujeto. No hay estética-para-el-hombre en un asteroide que nadie ve ni le afecta de ningún modo.

Esa relación puede ser de muchos tipos, uno de ellos es el cognitivo.

Entonces, se abre la segunda condición para la valoración profunda. No podemos valorar o apreciar la estética de algo si no lo podemos conocer. Al menos debe haber una relación sensible. No hay modo de sentir agrado o disgusto por lo que no sabemos que existe, ni cómo existe, aunque nos afecte. Ojos que no ven, corazón que no siente. *Toda sensibilidad estética pasa por el cuello de botella de nuestra pupila, oído, nariz, dedos, etc.* Y sólo en las pocas variables y valores para los cuales disponemos de capacidades sensibles.



Aquí hay tres soldados. ¿Adónde está la estética visual de lo que no se puede ver?

No hay estética realista sin percepción. Puede haber estética no funcional, fantástica, en

la imaginación, en los sueños, pero si hablamos de estética relacionada con algo real allí, en algún momento debemos haberlo percibido, como unidad o por partes. Si no lo percibimos, no hay *caso* estético de lo percibido.

Además, no sólo podemos percibir o no percibir, sino que podemos percibir óptimamente o pésimamente.

Y he aquí que, por causas tan superficiales, ya tenemos algo profundo: nos disgusta sin compasión percibir mal, confuso, indescifrable. Lo orgánicamente muy disfuncional suele producirnos disgusto mental. El alma se pronuncia protestando ante la apariencia incoherente. Pateamos el piso del cine cuando la imagen se pone borrosa, o cuando la lámpara se gastó. Lo percibido orgánicamente mal, tiende a desagradarnos. El mejor cuadro no podrá apreciarse en toda su riqueza en un museo mal iluminado, y mucho menos en la tapa de un cuaderno escolar gris. Y se producirá rechazo, en vez del placer.

Y la percepción óptima, que no asegura por sí sola nuestro placer estético, al menos lo facilita, que no es lo mismo.

Hoy se conoce una enorme cantidad de capacidades e incapacidades perceptivas que están fuertemente atados a placeres o disgustos estéticos. Los fabricantes de cámaras fotográficas lo saben muy bien. La fábrica Zeiss estuvo a punto de fundirse porque hacía lentes demasiado realistas, mientras Canon los hacía embellecedores. Nos gusta más lo bello que lo real, aunque lo bello tiene su origen en la búsqueda de lo real. Buena parte de las causas del placer estético no están al final conciente del camino orgánico, están en el inicio y en el propio camino. Y todos estos pasos de procesamiento de lo percibido empiezan a ser explicados de modo científico, riguroso, justificado, escapando totalmente a la antigua noción de estética como algo puramente subjetivo, gratuito, antojadizo, inexplicable.

Nuestro cuerpo, en especial nuestro sistema nervioso central, y sobretodo nuestro cerebro, dispone de circuitos heredados que se excitan y nos dan placer cuando una percepción encaja con su sensibilidad especializada, lograda en nuestra vida, en la vida de nuestra sociedad o en la vida de nuestra especie.

Hay células que se excitan cuando les llega información de que un rojo limita con un verde, o un azul con un amarillo. Pero el ultravioleta no nos da ni placer ni disgusto, pues no lo vemos. Aunque nos quememos.

Hay tonos musicales que nos dan placer cuando se ponen juntos con otros y no con terceros. La historia de la “Dinarra” del uruguayo Sabat es muy ilustrativa del caso.

Por razones orgánicas, hay curvas tan llanas que nos es imposible diferenciarlas de rectas. Y hay curvas tan cerradas que nos parecen agudos quiebres. Y hay curvas que percibimos óptimamente. Las curvas que mejor encajan en nuestros circuitos, son justo las que nos gustan más. Ya imaginarán cuáles son.

Hay iluminaciones que no son suficientes para ver, y otras que nos deslumbran, y la que más nos agradan son las intermedias, las óptimas para ver.

Hay formas inapreciables, otras apenas perceptibles y otras óptimamente perceptibles. Y algunas que están en el límite de lo perceptible nos molestan o producen ilusiones ópticas.

No es problema sólo de educación, ni sólo de cultura, ni sólo de sociedad, ni sólo del patrimonio que nos da nuestra especie. Se han hecho conciertos musicales para perros, con sonidos inaudibles para humanos, que les producen reacciones que probablemente son de placer y dolor, de alegría y tristeza. Algunas aves son capaces de componer melodías, quizá agradables para ellas y para sus congéneres. Si nos gustan, quizá sea porque nuestros circuitos neuronales están siendo bien masajeados por los circuitos neuronales de ellas. Tenemos enorme cantidad de condicionantes orgánicas, que nos dan agrado o disgusto cuando algo las activa. Son huellas de la especie en nuestro cerebro, a su vez huellas de lo que les sucedió a nuestros antecesores,

Es decir, *hay un nivel orgánico relacionado con la apreciación estética*, compuesto de órganos, neuronas y organelos, organizados complejamente, no de modo meramente lineal, que en parte ha sido heredado, en parte es cultivado por la sociedad y en parte depende de la historia personal de cada uno.

Pero hay muchos más niveles de lo estético que lo meramente orgánico y que

también tienen personalidad propia, que no son meramente fenómenos *epigenéticos*, surgidos de la suma de lo que hace cada neurona. Aparecen sinergias. Como personas, no somos resultado solamente de nuestras neuronas. Ni somos sólo resultado de nuestra sociedad. Ni somos sólo resultado de nosotros mismos.

Somos resultado del encuentro de lo micro con lo macro.

Conjuntos grandes de sensaciones forman ideas, conceptos, nociones, figuras, imágenes, símbolos, entidades concientes, o no, que tienen efectos como conjuntos. La señal de peligro, si la percibí, me asusta, por ser señal de peligro, por su significado, no por su forma, color u otros modos de percibirla. Puedo no entender cada pincelada, pero un cuadro puede traer un mensaje que me agrada o aterre. Y aún así me gusta, si me da información valiosa. Los “caprichos” de Goya son horrores retratados con maestría de fuerte belleza. Y si su efecto en los humanos es más intenso, si los diferentes niveles de estética se armonizan, comunica mejor cada uno de ellos, aún lo feo.



La estética en unos niveles puede, o no, condecir con la estética de la misma obra en otros niveles.

EL CONOCIMIENTO DE LA ESTÉTICA COMO HECHO HUMANO CAMBIANTE

La noción de estética se refiere a un complejo campo de las relaciones entre los humanos y su mundo, lleno de huellas de lo que le sucedió a la especie, a la sociedad y a cada persona. Aunque grosso modo sabemos a qué nos referimos, aún hoy no hay un consenso

firme de qué y cómo es, aunque haya innumerables textos sobre ella.

Muchos críticos de arte, y aún filósofos de la estética, impresionados por tal complejidad, suelen tratarla de modo muy amplio pero poco riguroso, a veces queriendo explicarla de un plumazo con algún monismo, a veces suponiéndola subjetiva al grado de antojadiza. Por tan magna puerta es muy difícil entrar al tema central, es casi inaccesible. Otros se internan con pocas herramientas teóricas firmes en alguna de sus aplicaciones concretas. Estos encares, a veces muy eruditos, suelen inducir a desistir de entenderla claramente.

Los investigadores que están más avanzados, en la comprensión y experimentación de la estética, suelen ser los que se esfuerzan en ir más modestamente. Paso a paso, concentrando todo un arsenal de herramientas teóricas y experimentales en los aspectos y niveles más accesibles de ella. Por las puertas secundarias están sucediendo notables avances en la concepción práctica de lo estético. Resolviendo los problemas secundarios se va desbrozando el campo y va quedando al descubierto el núcleo central de la estética.

La estética es algo en la apreciación humana de las cosas, la cual empieza por los sentidos. Y en este campo hay avances en muchas especializaciones, sobretodo en la biología del conocimiento. No olvidemos que la palabra *estética*, en sus orígenes significaba lo “relativo a la sensación y a la percepción”. Además, la práctica de la estética se ha introducido en todos los campos de la vida humana, y se ha acumulado una experiencia riquísima (muchas veces teñida de intereses comerciales y militares) que no debemos deprecia, y de la cual podemos inferir hacia la teoría del conocimiento y hacia la filosofía de la estética. Hoy lo estético atraviesa toda la cultura, el arte, la arquitectura, el urbanismo, el paisajismo, el turismo, la elección de bienes y servicios, la política, la sociología, la propaganda, las relaciones internacionales y también las guerras.

Es necesario dar un vuelco a la crítica de la estética, atendiendo sus diversos aspectos, en sus diversos niveles, en sus diversos casos, acercándose a sus duras y claves vinculaciones

con todo el vital quehacer humano, personal y social. El sujeto que siente el valor estético no es una persona aislada ni de su sociedad, ni de su mundo, ni de su especie. Es necesario comprender mejor sus previas condicionantes perceptivas personales, su dependencia de circuitos neuronales especializados, su dependencia de la evolución, de la comunidad y del aprendizaje personal, utilizando criterios de investigación bien comprobados, sin monismos ni prejuicios. Debemos encarar la estética humana, pues, como parte de la comprensión y concepción racional-anímica humana del mundo, desde siempre.

No hay una única fórmula para saber si, estéticamente, algo es positivo o negativo para uno o para muchos. Siempre hay un toque personal subjetivo, mayor o menor, aparentemente aleatorio, gratuito, accidental en el efecto final. Pero cada vez es más claro que su imprevisibilidad es más dependiente de nuestra falta de conocimiento de nuestros modos de encarar a la realidad, que de su supuesta indeterminación.



Apreciar la estética de una ciudad es distinto a apreciar la de un cuadro. ¿Cómo hacemos para verla completa?

Digamos que, hace un siglo, lo incomprendible de la estética era mucho más grande que hoy. Ahora hay una enorme cantidad de descubrimientos sobre el gusto humano que hace más predecible el éxito público de una obra, una producción, una comercialización o de una destrucción. Estamos hablando de que todo esto se usa para beneficiar o perjudicar a personas, grupos y aún comunidades enteras. Y quienes estudian cultural, científica y filosóficamente la estética tienen ventajas

abrumadoras sobre los que desprecian tales estudios. La estética-predecible se ha introducido, para quedarse, en nuestra vida y en nuestra muerte. En el artículo “*El color de la vida, es hora de dar la alarma por el color*” he tratado de alertar de esta situación.



Un paisaje homogéneo o un cuadro presenta menos niveles a apreciar que una ciudad o un gran territorio.

Finalmente, he de indicar que la escala del objeto apreciado incide mucho en su apreciación estética. No es lo mismo apreciar la estética de un cuadro, un dibujo o una estampilla

que apreciar la estética de una ciudad, un paisaje o un país. En el caso de los hechos a gran escala, la apreciación personal no es posible sin la ayuda de la detección científica. Y en esto me remito al artículo: “*La estética de Montevideo*”.

Y en el modo en que se imbrican especie, sociedad y persona, en el aprendizaje de los humanos, me remito al artículo: “*Período crítico de sensibilización a las diferencias de tonos de color*”.

Al apreciar el valor estético de algo, es conveniente previamente no olvidar: 1- Sus diversas cualidades, 2- Sus cuantías y 3- Y sus componentes y estructura. Ni olvidar en cuánto incide quien aprecia, por: A- Sus diversos aspectos, B- Sus escalas y C- Su entidad personal y social. Ni olvidando el camino de la información, en: I- Sus diversas variables, II- Sus dimensiones y III- Sus mensajeros.

En próximo artículo profundizaremos el lado activo de la estética, la creación de obras para que se aprecien.

Bibliografía:

Adler-Hart, William (2003). *Fisiología del ojo*. Elsevier. Madrid.

Bardier, Dardo (2007). *Escalas de la Realidad*. Buenos Aires. Libros en Red. Cap. 5: *No vemos cuerpos en todas las escalas*.

Bardier, Dardo (2010). *Escalas cooperantes*. Montevideo. Zona Libro. Cap. 12: *Escalas cooperantes y armónicas*.

Artículos del mismo autor, mencionados en éste:

El color de la vida (2009). Revista Relaciones N° 298.

La estética de Montevideo (2009). Revista La Pupila N° 13.

Período crítico de la sensibilización a los tonos de color (2006). Congreso Internacional Luxamérica. Montevideo.



Dardo Bardier: Constructor. Arquitecto. Urbanista. Ambientalista. Cineasta. Militante social. Escritor. Filósofo si os parece. Investigador de la percepción visual y del tema *escalas*, el lado cuantitativo de la realidad.